

VOCACION SACERDOTAL Y

PROYECTO PERSONAL

a. r. schez del nozal

Se debería encontrar mucho más frecuentemente de lo que quizá ocurre, el sacerdote carismático, al que se va a consultar como Jesús lo fué él mismo por Nicodemo en la noche; el pastor que desarma el escepticismo del hombre de hoy, pues se encuentra delante de una existencia religiosa tomada en su fuente misma, y no, como se tiene la impresión muchas veces, delante de un subproducto impersonal, derivado de la tradición y del compromiso de la función clerical.

(K. Rahner, *Mission et grace*, t. I, Mame, 1962, p. 150)

¿Por qué resulta tan desconcertante nuestro encuentro con el hombre-sacerdote en el mundo de hoy? ¿Nos es fácil descubrir esa existencia religiosa tomada en su fuente misma que explica la incomprensible vida sacerdotal? O, por el contrario, ¿experimentamos la sensación de lejanía e insensibilidad en su pre-

sencia? Elegiríamos en muchos casos la última pregunta. Y es que desconocemos la existencia religiosa más profunda del sacerdote. Y la desconocemos o porque no se transparenta a través del sacerdote conocido o porque nuestra receptividad religiosa es insensible ante la presencia de las íntimas realidades de la persona sacerdotal. En uno y otro caso olvidamos la dimensión del sacerdote-hombre. Este olvido es la causa frecuente de un trato impersonal. La gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona. Si el carisma sacerdotal no se encarna en los estratos más profundos de la persona humana no hay transparencia del don de Dios y ese "hombre" se hace totalmente incomprendible a los demás. Ha renunciado a ser hombre convirtiéndose en algo impersonal impuesto desde fuera. Esa existencia religiosa del sacerdote, producto del carisma encarnado en el núcleo personal de la libertad y la conciencia, es la que vamos a intentar describir en estas líneas. Es un plan demasiado ambicioso. Cada sacerdote es portador de una riqueza inagotable desde su fuente más profunda. Nuestro estudio tiene que quedar incompleto y superficial. Solamente insinuaremos las líneas directrices para una fenomenología de conjunto de la existencia sacerdotal concreta.

Experiencia humana y vocación

La existencia sacerdotal concreta es, pues, una existencia humana, una realidad histórica con la que nos ponemos en contacto. Es el resultado de una historia cuyo valor y riqueza depende de la cantidad y calidad de las vivencias que han formado este núcleo de la existencia. El análisis más radical de este conjunto de vivencias nos lleva a la vocación. La vocación es el proyecto personal que quiere crear una existencia humana determinada. Todo hombre tiene vocación, tiene que construirse a sí mismo. La vida se le concede solamente en germen para que la desarrolle. "El "secreto de la vida humana... es el ansia de más vida, es el furioso e insaciable deseo, anhelo, de ser todo lo demás sin dejar de ser nosotros mismos, de adueñarnos del Universo entero sin que el Universo se adueñe de nosotros y nos absorba". (Unamuno, El secreto de la vida, III, pg. 731). Se parte del fondo de la persona, el yo mismo. Aquí se unifican ideas, ilusiones, sentimientos que provienen de las capas más superficiales de la personalidad. El yo mismo, que es libertad y conciencia, señala la dirección del quehacer humano. Un quehacer que siempre se proyecta al exterior de la persona. Pero que como tiene su origen en el fondo personal solamente alcanza su verdadero sentido cuando llega a lo más profundo de las demás personas: "La vida se nos da y la merecemos dándola" (Tagore).

En este análisis de la existencia humana encontraremos la raíz de una existencia impersonal. Una raíz triple: si la unificación se hace en otro estrato de la personalidad distinto al yo mismo de la libertad y de la conciencia; si la unificación no consigue reunir todas las tendencias o sentimientos produciéndose entonces una disociación entre el querer y el quehacer, entre la vocación y las posibilidades de realizar esa vocación; si el proyecto personal, en fin, no tiene como término las demás personas, si no hay una perspectiva personal de doble polaridad: la persona como sujeto que realiza y la persona como fin del

quehacer. Estas tres causas producen la alienación de la vocación personal, la pobreza e inmadurez tan frecuentes, por desgracia, en muchos hombres. La educación de la persona y de la libertad tiene que ir encaminada a desarrollar todas las posibilidades humanas y a integrarlas en el yo mismo personal, y, al mismo tiempo, en una atmósfera de apertura a los demás, en auténtico contacto de persona a persona. De esta manera se irá encontrando la vocación personal. Porque la vocación tiene que irse realizando día a día, y en esa realización se va clarificando, enriqueciendo y purificando de sus imperfecciones. El principio de la vocación es el quehacer del yo personal y libre en estado de apertura, integrando poco a poco todas sus fuerzas anímicas y corporales con esfuerzo e ilusión. La vocación sacerdotal es el proyecto del hombre-sacerdote que con ilusión y esfuerzo ha de irse realizando día a día. El sacerdote que no transparente su ilusión vocacional falla como hombre. Entonces, por muy impuesto que esté en doctrina y ciencia, no podrá ofrecernos más que el subproducto impersonal de su vida estratificada.

Vocación sacerdotal y carisma

Todo hombre posee en su vocación una invitación de Dios. Su quehacer humano es la misión que Dios quiere de él. Y la educación religiosa no puede perder nunca de vista esta perspectiva para que la unificación y la búsqueda del proyecto personal alcance su dimensión más plena. Sin embargo, la vocación por antonomasia es la sacerdotal. Porque, como "...por la unción del Espíritu Santo, quedan sellados con un carácter o marca particular, y así se configuran con Cristo Sacerdote, de suerte que puedan obrar como en persona de Cristo-Cabeza" (P. O., 2), en el proyecto personal del sacerdote, el papel principal lo tiene Dios. Dios, que invade la íntima esfera del yo mismo lleno de esperanzas y de ilusiones donde va a surgir la dirección del quehacer personal, y que se hace el centro unificador e integrador del proyecto humano. La intervención de Dios en la vocación de todos los hombres es un asumir el quehacer humano haciéndolo divino porque El lo quiere así. En la vocación sacerdotal es al revés: es el hombre el que asume la voluntad de Dios en su núcleo más profundo de la personalidad. Es una transformación radical de la existencia concreta humana. En otro artículo de este número se han estudiado las condiciones de posibilidad de esta transformación, ahora vamos a describir las consecuencias más concretas en la personalidad sacerdotal.

La vocación sacerdotal tiene que surgir en el momento en que el adolescente orienta su vida desde el fondo de su yo. Las vocaciones tardías son reorientaciones cuando los diversos ensayos del proyecto personal no han conseguido llegar a su madurez. Como toda actividad adolescente, la búsqueda de su vocación influida por la llamada de Dios está llena de contradicciones, indecisiones y desgarramientos trágicos. Es una verdadera lucha por oír clara la llamada de Dios, por aceptar el riesgo de una equivocación, por la fortaleza necesaria para una aceptación de la voluntad de Dios. Lucha realizada en la soledad y en el bullicio, en la desorientación y en la clara tranquilidad de los interesantes días de toda adolescencia. Deberíamos saber encontrar en el

sacerdote los rasgos de esta lucha que se ha hecho crónica, porque cada día Dios llama de nuevo al sacerdote a un mayor perfeccionamiento de su vocación, Aunque es verdad que la apertura del sacerdote a la acción de Dios es ahora mucho mayor que en los primeros tiempos de la llamada divina y que es precisamente por eso menos trágica la lucha, sin embargo, en el sacerdote carismático, este impulso de la acción divina se transparenta y se vislumbra detrás de la persona. La vocación necesita, pues unas condiciones ambientales y psicológicas para poder desarrollarse. La libertad humana se entrega a la influencia de la gracia. Es fundamental que sea libertad y que sea humana en el momento de dar el sí a la llamada de Dios. La comunidad eclesial en cuyo seno van a surgir las vocaciones ha de ofrecer un ambiente de libertad espiritual, de generosidad y sobre todo de sensibilidad a la acción de Dios para que la vocación alcance su más plena madurez. Por otra parte hay que preparar un yo personal humano en plenitud de posibilidades para que el proyecto personal adquiera todo el desarrollo posible. Porque la vocación se va a encarnar en el proyecto personal y ha de adquirir toda la perspectiva humana posible para el máximo desarrollo de la vocación sacerdotal.

La vocación sacerdotal es, pues, la presencia de Dios que llama y ofrece. Hay una doble polaridad. No es solamente una exigencia, es ante todo un don. La vocación sacerdotal es un carisma. Es demasiado unilateral la reflexión que hace de la vocación del sacerdote una entrega del hombre, una responsabilidad al aceptar en un sí dramático y vital la transformación del hombre en Cristo: en realidad es un don de Dios al hombre. La conciencia de poseer un regalo, un don de Dios es la conciencia más profunda de la existencia religiosa. Un don que ha trascendido todas las posibilidades humanas y que se manifiesta por ellas. Este será el trabajo del sacerdote: integrar en el carisma de la vocación todas las tendencias y capas de la estructura personal, a partir de la aceptación del don por el yo mismo libre y consciente. Pero es necesario señalar esta característica de superación de lo simplemente humano. La experiencia religiosa de una vocación auténtica es la conciencia de que se va más allá de lo humano. No es comprensible por la razón humana una vocación sacerdotal. El yo íntimo y personal es testigo de Algo superior que por obrar principalmente en ese núcleo personal no es una fuerza mágica sino que es una Persona. Y ante una Persona que invade tan profundamente la estructura más honda, donde nacen las decisiones y las relaciones personales, no cabe más actitud que el amor. El sacerdote, así modificado tan radicalmente, está dirigido por el Espíritu en toda su actuación sacerdotal y se hace incomprensible una actuación no personal, no carismática, que no transparenta el Amor. Solamente se concibe una existencia impersonal cuando el yo mismo sacerdotal no está abierto al don y se ha deshecho la unión. El quehacer era un proyecto conjunto del hombre y Dios cuyo fin era la presencia de Dios mismo en los demás hombres. Al convertirse en una obra de sólo el hombre, no se hace posible la presencia de Dios en los demás. El hombre tampoco se realiza como hombre y su acción se convierte en algo marcial y falto de vitalidad. Es comprensible que en este caso no haya ilusión ni entusiasmo porque en resumidas cuentas lo que falla es el hombre.

Pasividades y límites en el dinamismo de la vocación sacerdotal

Realizada la transformación inicial del yo mismo humano con el don de Dios, el desarrollo de la vocación sacerdotal exige una integración en esta perspectiva del carisma sacerdotal de las tendencias humanas. ¿Cómo se realiza esta integración de las distintas tendencias en orden a desarrollar el proyecto personal que en este caso es el proyecto de la voluntad de Dios y de la misión de la Iglesia? Esta integración está condicionada por el quehacer concreto de la vocación sacerdotal y por las mismas tendencias, sentimientos y contenido de las distintas capas de la personalidad.

Todo proyecto personal choca siempre con sus límites. El proyecto de la vocación sacerdotal, que es entrega a los demás de una manera total, percibe vitalmente los límites que hacen estrecha y pequeña la entrega que se ha soñado. El camino que se recorre hasta un conocimiento de sí mismo es duro y prolongado. Los límites de la vocación sacerdotal tienen tres raíces distintas. La única actitud posible en los tres casos es humildad, aceptación sincera de su vocación sacerdotal en el momento presente.

La primera fuente de límites consiste en la inadecuación total entre la voluntad de Dios y el yo mismo personal. Al aceptar la invitación de Dios se acepta también la posibilidad, el riesgo a equivocarse. Una experiencia humana segura de sí misma, donde no cabe la duda ni el error es lo contrario a una existencia carismática en la que el hombre se abandona a una acción superior que no puede entrever perfectamente. La existencia sacerdotal nos ofrece una actitud ciertamente pensada y profundizada por la oración pero al mismo tiempo susceptible de enmienda, de retroceso. Un sacerdote que no está dispuesto a este retroceso, impuesto interiormente o exteriormente —por los propios fieles o por la jerarquía eclesiástica— no posee realmente el carisma don de Dios sino que su quehacer es puramente humano. La humildad toca en este punto el fondo más íntimo de la persona, la libertad y la raíz de las decisiones. Es fundamental esta actitud de flexible seguridad aún en lo más personal de su existencia para que el quehacer sacerdotal sea auténticamente del Espíritu al mismo tiempo que del hombre. Es la renuncia más radical a su posible proyecto personal al margen de la acción de Dios. Esta humildad es la que fundamenta la auténtica libertad espiritual siempre a la escucha de la palabra de Dios en su yo personal.

La segunda fuente de límites de la vocación sacerdotal consiste en la difícil integración de todos los estratos de la persona. El hombre-sacerdote se encuentra muchas veces vencido por sus propias tendencias y, si no vencido, por lo menos en oposición de sus tendencias a las exigencias de su vocación. Esta oposición hace al sacerdote sentirse pequeño e inútil. Pero tiene que aceptarse internamente para seguir trabajando con ilusión en la integración total de sus fuerzas, en la búsqueda del proyecto personal que es el carisma del Espíritu. Y al mismo tiempo tiene que ofrecer a los demás hombres una persona que conoce sus defectos y que no siente su superioridad, porque de hecho no la

tiene. Tiene que aceptar la persona de los demás con más cualidades incluso espirituales y con más integración de sus defectos.

La tercera fuente de límites radica en la realización de la vocación sacerdotal, las dificultades para el cumplimiento de su misión de sacerdote, el resultado de su trabajo. Es verdad que la mayoría de las veces el sacerdote se siente profundamente consolado por la presencia del Espíritu de Dios al realizar su trabajo, pero muchas veces también lo que se impone a la existencia sacerdotal es el silencio de Dios, el vacío que se siente alrededor por efecto de su ser sacerdotal. La aceptación en este caso, es de nuevo una renuncia a su proyecto personal concebido demasiado humanamente, con espíritu humilde. Esta renuncia tal vez consista en un juicio más positivo, en una búsqueda de auténticos valores y sobre todo en no juzgar el éxito como un premio a su trabajo. Es la renuncia que consiste en aceptar el fracaso pero sin sentirse víctima, sin caer en la fácil resignación. La humildad sacerdotal ha de ser activa, búsqueda de nuevos métodos, un análisis de su quehacer sacerdotal y sobre todo una receptividad más sensible a los indudables valores religiosos de los demás hombres y a la acción de Dios en ellos, que indudablemente existe.

Esta perspectiva de humildad y sinceridad basada en una auténtica integración de las distintas tendencias más profundas y más superficiales como son el éxito, la voluntad de realización plena, la total apertura a la acción de la gracia nos señala una virtud sacerdotal característica. Se trata de la pobreza. El sacerdote tiene que estar abierto a todo, libre en su total desarrollo personal-vocacional. No puede admitir ninguna esclavitud ante los valores humanos. Esto es el espíritu de pobreza. Es comprender que los valores son auténticos valores, que son necesarios para el desarrollo personal de los hombres, que tienen que ser bautizados por la acción de los cristianos y su aceptación. Pero sobre todo es sentirse llamado a una actitud de desprendimiento, de absoluta renuncia a sus intereses propios materiales e incluso de las capas más profundas de la personalidad. Todo cristiano tiene que estar desprendido espiritualmente. Pero es precisamente en el desarrollo de los valores humanos y de su actitud en el mundo donde debe cristalizar su vocación. El sacerdote, sin embargo, es testigo de otro mundo y, aunque en medio de los hombres, debe manifestar positivamente que su madurez humana está, por su aceptación libre de la presencia de Dios en su yo mismo personal, al margen de los intereses terrenos, de la riqueza material, del poder y de la influencia por medios materiales. Es un estar con dominio sobre las cosas que no exigirá siempre una negación total, pero que hace necesario un discernimiento de espíritus en su utilización como valores humanos. Y de ninguna manera es renunciar a su ser humano-personal, sino manifestar que su proyecto humano depende totalmente del carisma más que de la esperanza en la riqueza material. Un sacerdote que no pueda prescindir de sus intereses no es poseedor de la profunda modificación de su persona producida por la presencia y la llamada de Dios.

Conclusión

He aquí un esbozo demasiado esquemático del núcleo de la vocación sacerdotal, la esfera íntima del quehacer del sacerdote. Desde luego hay muchos otros

aspectos que fundamentan el descubrimiento y el desarrollo de esta acción de Dios en el núcleo personal humano. La existencia religiosa sacerdotal surge de un vivo espíritu de fe que sabe interpretar los signos de la presencia de Dios y se desarrolla en el diálogo continuo con Dios. Este diálogo es el que alimenta en el estrado de la afectividad la ilusión siempre creciente del que-hacer personal, y el que hace posible la manifestación del Amor a través del hombre-sacerdote. La dimensión humana de la vocación sacerdotal hace que el sacerdote sea hombre entre los hombres y que sea legítima e inexcusable su presencia en la construcción del mundo. Y finalmente, conectando con el proyecto personal del hombre-sacerdote podremos encontrar el "sacerdote carismático", "la existencia religiosa tomada en su fuente misma". Entonces comprenderemos esta oración sacerdotal:

"Dame el ser:

**lo bastante grande para
abarcarse el mundo.**

**lo bastante fuerte para poder
llevarlo a hombros**

**lo bastante duro para poder
abrazarlo sin intentar guardármelo.**

Concédeme el ser:

**tierra de encuentro,
pero sólo tierra de paso.**

**camino que no conduzca a sí mismo,
sin adornos humanos,
sino que lleve a Ti".**

(M. Quoist, ORACIONES PARA REZAR POR
LA CALLE, Salamanca, 1962, pág. 89)